

Solemnidad del Corpus Christi

Jueves o Domingo después de la Trinidad

Hermanos y hermanas, hoy día del Corpus, es un día para dar gracias al Padre que por medio de su Espíritu nos hace participar en el banquete del Cuerpo y la Sangre de su Hijo resucitado y glorioso! En el signo del pan y del vino, que por el Espíritu Santo se hacen Cuerpo y Sangre de Cristo, celebramos todo el misterio de Cristo. Todo lo que dijo e hizo, desde su nacimiento hasta su venida gloriosa al final de los tiempos. Y nos comprometemos a realizar las obras que él hizo en favor de los hombres, nuestros hermanos. La Eucaristía es un *memorial* de todo lo que dijo e hizo, y por tanto, un compromiso concreto nuestro de hacer lo que hizo Jesús. También las obras concretas en favor de los hermanos.

En efecto, "Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: Tomen, esto es mi cuerpo". La oración de bendición que Jesús hace no es sólo por aquel pan concreto. Bendice al Padre por todo lo que ha ido realizando, en la historia de la salvación, desde la creación hasta la resurrección y al retorno glorioso. Oración de bendición por las maravillas que el Padre por medio de su Espíritu va realizando en la vida concreta de cada uno de nosotros, en nuestra comunidad, en la iglesia. El Padre es la fuente de toda bendición, y nos ha bendecido de manera especial por medio de su Hijo: Jesucristo resucitado es la bendición que el Padre nos ha regalado por medio de su Espíritu.

Bendición que viene siempre del Padre, y ha de retornar siempre al Padre. El Padre nos bendice con su Hijo, y nosotros por medio del Hijo bendecimos al Padre. Este es el sentido de toda bendición cristiana.

Nuestra manera de orar, en ocasiones, puede ser egoísta. No salimos de nosotros, de nuestros problemas, de nuestras necesidades, de nuestra pequeñez, de nuestra pobreza, o de nuestros pecados. La oración de *bendición* que hizo Jesús en la Cena fue un ir *recordando* -un hacer memoria- todas las maravillas que el Padre había hecho y que hará hasta el final de los siglos. Así ha de ser nuestra oración: bendecir, alabar, dar gracias al Padre por todas las maravillas que ha ido realizando a lo largo de la historia.

"Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron". La oración de Jesús es ahora de acción de gracias. Eucaristía, nombre que damos también a la misa y que es más apropiado, significa "acción de gracias". Acción de gracias a Dios por todo lo que ha hecho en favor de su Pueblo; y por todo lo que ahora está haciendo. Este era el sentido de la oración de acción de gracias de Jesús en la última Cena. Oración de acción de gracias que en la celebración de la Eucaristía hacemos en la Plegaria eucarística. Acción de gracias dirigida siempre al Padre por medio de Jesucristo. Nuestra oración personal, también debería ser

oración de acción de gracias al Padre por todas las cosas creadas y por esa historia de la salvación que cada uno de nosotros vivimos y experimentamos en nuestra vida y en la vida de la comunidad.

“Y todos bebieron”. La Eucaristía es *memorial*, hacemos memoria, y aquello que recordamos se hace realidad hoy-aquí-para nosotros. Es “sacrificio”, la entrega total de Jesús al Padre en la cruz, y su resurrección gloriosa se actualizan en cada celebración de la Eucaristía. Pero también la Eucaristía es “banquete, convite”. Son claras las palabras del evangelio de hoy: “Y todos bebieron”. Y otras palabras de Jesús, como “tomen y coman”, “tomen y beban”. El pan de la Palabra de Dios se hace Cuerpo y Sangre de Jesucristo resucitado para ser comido y para ser bebido. La participación “consciente, plena y activa” en la Eucaristía no se realiza sin la comunión. En épocas pasadas de poco conocimiento y participación en la Eucaristía, cuando se llegó a separar la comunión de la misa, un mandamiento de la Iglesia decía: “Comulgar una vez al año”. Hoy sabemos que participar en la misa sin comulgar, no es una participación plena en la Eucaristía.

Nosotros somos sacerdotes. Desde el día de nuestro bautismo y de la confirmación, nosotros participamos de Jesucristo que es Sacerdote-Profeta-Rey-Pastor. Y en la celebración de la Eucaristía ejercemos ese sacerdocio, de manera especial cuando ofrecemos al Padre el Cuerpo y la Sangre de su Hijo. Es lo más grande que podemos hacer. No le presentamos solamente al Señor los frutos de la tierra, nuestros trabajos y nuestras vidas: “Te ofrecemos, Padre, el Pan de vida y el Cáliz de salvación” (P. eucarística II). Es un momento importantísimo de la celebración, y hemos de ser muy conscientes de lo que está diciendo en nombre nuestro el sacerdote que preside. Le presentamos al Padre lo único que le agrada y le llena plenamente, es su Hijo glorioso y resucitado: “el sacrificio vivo y santo” (P. eucarística III). Y junto a la ofrenda del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, realmente presente en el Pan y el Vino, viene nuestra ofrenda personal: el ofrecernos al Padre junto a su Hijo. Y si eso es realidad en cada misa, la conversión, el compromiso concreto de amar al Señor y a los hermanos, será una consecuencia lógica. Hermanos, por tanto podemos ni debemos separar la Eucaristía de cada domingo y de nuestra conversión personal permanente; la Eucaristía de cada domingo y de cada día, es compromiso concreto de amor y servicio a los hermanos, prenda segura de vida eterna.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)